

# NUESTROS INTELLECTUALES

(Ensayo a varias voces)

## FIJACION DEL CONCEPTO

Es sumamente atrevido hablar de la juventud intelectual. Dolorosa experiencia reciente nos ha evidenciado que los que en España se han denominado a sí mismos intelectuales, han sido responsables directos del trágico desenlace de nuestra historia contemporánea. Con su culteranismo ideológico —paradojas y contradicciones— hicieron perder la fe en las razones vitales de la existencia española. Pero también de su crítica —¡fecundizador pesimismo de la «generación del 98»!— surgieron unas nuevas inquietudes de elevación política y nacional, que debidamente encauzadas y concretadas en una magnífica dialéctica que mucho debe al verbalismo de los intelectuales, ha cuajado en la esperanzadora generación actual.

Hegel afirmó que intelectual es un hombre que anda con la cabeza. De aquí que Giménez Caballero haya dicho que, por lo tanto, lo ve todo al revés de los demás seres humanos, y los identifique con los sofistas griegos y con los heterodoxos de todos los tiempos. Siento no participar de esa opinión del ilustre escritor. Creo que para establecer la ley de que todos los galgos son rabiosos, no basta citar algunos que lo fueron. Ser intelectual es adoptar una actitud frente a la vida, actitud que lo mismo puede existir dentro de lo sectario como en la más auténtica y profunda ortodoxia. Y es una actitud que adoptan ciertos individuos, casi siempre cabezas superiores, como imperativo de su intimidad, porque no pueden encontrar otra manera de estar en el universo. Han nacido para servir a la verdad. Los demás, los no intelectuales, son los que se aprovechan de esa verdad que los intelectuales han descubierto. El intelectual rinde culto a la verdad de cada cosa. Por eso no debe extrañarnos que para encontrar la misma desmenuze y deshaga dichas cosas para luego —una vez descubierta su interioridad— volver a rehacerlas en un alarde magnífico de potencialidad creadora. El no intelectual se encuentra en un mundo para él incuestionable, palpable y tangible, y se limita a usar de las cosas sacando el mejor provecho posible. Le importa pasarlo bien. El intelectual vive en una continua sorpresa; redescubre y transfigura todas las cosas. Le interesa la verdad, analiza, descompone y todo lo convierte en un problema. No tiene avaricia de lo suyo y en cada momento está dispuesto a manifestar su pensamiento acerca de lo sobrenatural, de los hombres o de las cosas. Este modo de ser desagradado completamente a los no intelectuales. Muchas veces, principalmente en localidades reducidas, el intelectual ha de ocultar su condición, su autenticidad, si no quiere indisponerse con los que no siendo como él le tacharán de pedante, de orgulloso, o de sabiondo. Y no obstante la realidad se impone. Todas esas cosas que tanto apreciamos y que constituyen los exponentes de nuestra civilización, se las debemos a los intelectuales: teléfono y automóvil; flor y mujer; Teología y Derecho.

Intelectual, en suma, es el hombre distinto, casi siempre dotado de un talento superior —aunque puedan haber intelectuales sin talento—, que camina a la cabeza de los demás, trazando el camino que éstos han de seguir. Intelectual es el hombre **pre-ocupado**, a diferencia de los demás, que están solamente **ocupados**. Mientras el político es también un hombre ocupado, que soluciona los problemas a medida que se van presentando, el intelectual se avanza y va en busca de estos problemas y, dentro de un orden abstracto e histórico, les da planteamiento exacto y solución adecuada. Y siempre existirán intelectuales, porque es un modo de ser, una actitud vital, que no depende de los propósitos de cada uno, sino de una vocación inspirada por fuerzas providenciales, que el hombre no puede romper. Asimismo, si uno no siente esa vocación, por más talento que tenga sólo podrá hacer de intelectual, pero jamás serlo.

## NUESTROS INTELLECTUALES. TIEMPO.

### ERRAMOS EL CAMINO

Nuestro tiempo sólo tiene explicación partiendo del hecho histórico del Renacimiento. Si a la vida le son peculiares la periodicidad y el ritmo, a la Historia, que es la vida de la humanidad, le acontece lo mismo. Alternando los tipos de cultura, a través de un movimiento de flujo y reflujo, de encumbramientos y de depresiones, los hombres hemos ido avanzando por los caminos y encrucijadas de nuestra Historia. El Renacimiento fué una alternativa y una encrucijada. El Renacimiento vino a cambiar el tipo de cultura medioeval que había olvidado el estudio de la naturaleza como fuente de inspiración artística y el desarrollo de la individualidad humana también en un sentido naturalista. Pero por ser una reacción y, como todas, exagerada, hizo que en la encrucijada se eligiera el camino más divergente y separado de las concepciones de la Edad Media, y de aquí su fracaso. Erramos de camino y ahora pagamos las consecuencias. Pero ni el Renacimiento ni el humanismo renacentista en sí, pueden juzgarse por sus consecuencias.

### HUMANISMO RENACENTISTA

En un principio ni uno ni otro pretendieron levantarse contra el espíritu religioso. Quisieron hacer compatible los ideales sobrenaturales con el conocimiento de la naturaleza y del hombre natural que el medioevo había proscrito al considerar, como dice Maetzky, al mundo como un **valle de lágrimas** y al hombre como un **yo pecador**. Y si el Renacimiento ha perdurado hasta nuestros días ha sido gracias a este substrato religioso. Pero inmediatamente el humanismo fué exacerbándose. Comenzó por la afirmación de la individualidad creadora del hombre y ha terminado por la negación del mismo hombre. Arrancó al hombre de su ser auténtico, de lo orgánico. Berdiaeff dice que cuando las potencias humanas salen del estado orgánico, quedan inmediatamente sujetas al estado mecánico. Y esa ha sido nuestra tragedia. La tragedia del hombre moderno. Al prescindir de Dios el hombre pierde su individualidad, se hace esclavo de las fuerzas inferiores e inhumanas. El humanismo renacentista, al renegar del hombre espiritual, afirmó al hombre sobre la superficie de la Tierra. Pero la Tierra en relación con la naturaleza humana, que tiene finalidades sobreterrenales, es lo mecánico y lo fantasmagórico. El hombre desasosegado, no sabiendo donde hincar su ser, su auténtica personalidad, quiso substituir la fe perdida por la ciencia y el resultado no ha podido ser más desesperador. En posesión de una inmensa cultura científica, la humanidad se siente igualmente vaciada. ¿Qué es la ciencia?: un producto del hombre; no es, por lo tanto, superior a él, no es trascendente. Unamuno grita exasperadamente: ¿Qué haremos de la cultura científica? O Kultura, como él la denomina. ¿Para qué nos sirve? ¿Catalogaremos el Universo, para luego presentarlo a Dios, que ha sidó el Creador? La ciencia por sí sola no logra acallar la naturaleza humana, que pide a grandes voces verdades teleológicas. El hombre con toda su ciencia se siente aislado, se disgrega en su soledad y en esta gran crisis, inventa vínculos espirituales trascendentes, crea falsos dioses y destruye con ellos el primitivo humanismo. Federico Nietzsche y Carlos Marx son los representantes de esa humanidad sin confianza en sí misma, que ha perdido a Dios. El humanismo en sus radicalismos la ha arrancado de su causa y de su fin, y ella ahora, en una crisis que le arrastra hacia su caída, busca donde agarrar su existencia. No encuentra el Bien perdido y quiere substituirlo con bienes ilusorios.